

Un científico espiritual

Una vida vivida. Memorias de Thomas van der Hammen

THOMAS VAN DER HAMMEN

Instituto Caro y Cuervo e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2016, 259 pp.

VAN DER Hammen siempre escribió y siempre guardó apuntes, papelitos, borradores, cartas y poemas suyos y ajenos que amó. Cuando al fin, en su larguísima carrera, se detuvo y tomó un respiro —si bien jamás se retiró del todo: su compromiso era muy grande—, decidió organizar toda esa información casi obsesiva y sentarse a contar su vida: escribir una especie de autobiografía, a veces más cercana a las viñetas de momentos que lo marcaron y a veces con toques exactos de informe científico. En suma, unas memorias. Miró atrás y, sin preocuparse mucho por los géneros o por la unidad de la pieza, se sentó a escribir lo que iba recordando. Anota en la introducción

Somos nuestros recuerdos. No puedo concebirme sin memoria, viviendo solo en el presente, pues saber que existíamos y que éramos nos hace realmente humanos. Encuentro que los recuerdos juegan un papel determinante en las decisiones que tomamos y forman la base de la vida sentimental. (p. 11)

Van der Hammen terminó la escritura del libro en 2010, poco antes de su fallecimiento. María Clara, su hija y reconocida antropóloga, entonces se dedicó durante años a organizar los documentos y se comprometió en la labor editorial para sacar el libro adelante. ¿El resultado? Si bien como objeto *Una vida vivida* no es muy estético (todas las fotografías en blanco y negro, las letras se pierden en un fondo beige y al diseñador se le ocurrió la extraña idea de repartir los textos en dos columnas en todas las páginas), el contenido es fascinante. Y es que no todos los hombres pueden contar una vida como la de Van der Hammen.

El libro comienza con las imágenes de los primeros años de vida en Holanda. Van der Hammen colecciona

pedras y ama las expediciones. Su familia es protestante —de la iglesia Gereformeerde Kerk para ser precisos—, pero él quiere ser católico; obviamente, tiene miedo de que los demás lo sepan: no sabe qué le dirán. Al fin, muchos años después, ya en Colombia, recibirá la primera comunión y se convertirá en un practicante comprometido, lo cual se nota en el libro: la visión científica de Van der Hammen, tan precisa, tan rigurosa, está cobijada por una bella espiritualidad; no por nada uno de sus personajes favoritos es san Francisco de Asís, aquel que veía en cada miembro de la naturaleza y en cada fenómeno natural a un hermano, a uno más de los hijos de Dios.

Por los días de infancia de Van der Hammen cae sobre Holanda el monstruo de la guerra. Alemania invade el territorio. Cinco años de hambre y angustia.

Sobre pequeñas estufas de emergencia se intenta, de alguna forma, con astillas de madera y papeles viejos, cocinar los pocos alimentos y producir aunque sea un poco de calor. Ya no hay electricidad ni gas carbón. En la noche las calles están oscuras y nuestra única luz proviene de unas minúsculas lámparas de aceite. (p. 30)

Después, cuando el país es libre de nuevo, Van der Hammen se consagra a sus estudios: geología, zoología, botánica y química, y un doctorado en Paleontología y Botánica. Aparecen los primeros amores y la oportunidad de viajar al otro lado del mundo para investigar sobre palinología y paleobotánica. Así, en 1951, llega a Bogotá. Comienza, entonces, lo que será su vida profesional, el grueso del libro: temporadas en Colombia y temporadas en Europa, clases y, sobre todo, expediciones profundas de carácter investigativo. En el libro va detallando con pasión el descubrimiento de ecosistemas, ríos, montañas, legados indígenas y plantas, y las conclusiones a las que va llegando. De ahí, quizás, su pasión por Colombia: un país que, en la mitad del siglo xx, aún estaba por descubrir y que le permitía —le permitió— hacer aportes significativos a las ciencias. Dos de sus obsesiones fueron, por ejemplo, el estudio del

Cuaternario en Colombia y los humedales aledaños a Bogotá.

Una de las cualidades de *Una vida vivida* radica en que no es un libro de corte científico. Van der Hammen va contando su trabajo y a veces, hay que decirlo, se mete en terminología compleja, pero nunca deja de lado otros factores: el amor, la familia, los miedos, las dudas, Dios, el humor, las descripciones y narraciones de los hechos diarios y hasta lo *naif*. En fin: la vida. Así, al tiempo que el lector se va enterando del trabajo investigativo de Van der Hammen en la Colombia de los años cincuenta, también lo acompaña en la relación que él establece con Anita Malo, cómo se enamoran y se casan, las dificultades de la convivencia, la primera casa y la llegada de los hijos.

Quizás la capacidad de ir contándolo *todo* va más allá de un talento narrativo. Van der Hammen pertenece a esa línea de científicos que entienden el universo como un conjunto de correlaciones y que tienen claro que lo que sucede aquí y ahora está ligado a —y depende de— lo que está sucediendo en otro lugar. Así, en todos los ámbitos. Leer *Una vida vivida* es recordar, entonces, que el aleteo de una mariposa puede provocar un huracán.

Es más, si bien Van der Hammen fue un hombre enamorado del catolicismo, aquello no le impedía tener una visión si se quiere liberal del conocimiento, pues tenía claro que, ya lo dijimos, todo está relacionado, así que, por lo tanto, no hay una forma única de acceder al saber. Así, en los años sesenta escribía que no solamente era válida la investigación científica:

El otro camino del conocimiento es por medio de la interiorización. Por medio de la contemplación, reflexión, interiorización —y en cierto modo, por medio de lo que llamamos fe y su relación con la forma de vida—, es posible entrar en niveles cada vez más profundos de la mente, hacia el subconsciente, donde se abre poco a poco un entendimiento nuevo y de otro orden —el místico— que se acerca a la base de todo y finalmente a la unión con Dios, cuando se cambia fundamentalmente la vida, en un vivir y saber de todo como uno, un saber de otro orden. (p. 86)

RESEÑAS		MEMORIAS
<p>El nombre de Van der Hammen últimamente se relaciona de inmediato con la reserva natural que lleva su nombre: como si ese fuera su único legado. Tras leer <i>Una vida vivida</i> queda la noción de que se trató de un hombre inmenso y que, si bien la reserva es importantísima y debe ser protegida de intereses urbanísticos, el trabajo del holandés fue mucho más allá y parece permanecer casi desconocido: medio siglo de investigación, trecientas publicaciones científicas, cinco volúmenes sobre cordilleras y veintisiete sobre el Cuaternario colombiano. ¿Se han seguido sus recomendaciones? ¿Se están protegiendo los páramos? ¿Qué tanto se ha avanzado en la protección y el mantenimiento de humedales? ¿A dónde nos llevaron sus conclusiones sobre el Cuaternario? ¿Se ha avanzado en la creación de la llamada estructura ecológica principal? ¿Estamos entendiendo nuestros ecosistemas como una compleja red de la cual dependemos?</p> <p>Contrario a lo que se podría esperar, en el libro las referencias a la reserva son pocas (quizás porque, aunque fue propuesta en 2000 como parte de la estructura ecológica de Bogotá, solo fue declarada y regulada con acuerdos de 2011 y 2014). La que sí está clara de una forma repetitiva y obsesiva es la preocupación que llevó a Van der Hammen a crear la reserva: la recuperación de tierras que durante años han sido obligadas a producir a través de cultivos masivos, lo que las ha desnaturalizado. He ahí la importancia de la reserva en una sabana de fanegadas costosísimas destinadas a la producción; es decir, intervenidas hasta el cansancio por la mano del hombre y sus procesos y productos. Van der Hammen al respecto anotaba:</p> <p>En muchas partes serán deseables o necesarias medidas que lleven a la restauración o recreación de la vegetación natural destruida. Si todavía hay restos de vegetación original, los inventarios nos podrán dar indicaciones sobre la composición original de especies. No obstante, en vez de sembrar-plantar directamente árboles de la fase final de la sucesión natural, es importante conocer bien esta sucesión y comenzar a utilizar estos datos, iniciando por sembrar especies de las fases tempranas de la sucesión</p>	<p>natural. La misma naturaleza es la que mejor se puede encargar de la restauración-recreación. (p. 197)</p> <p>Los múltiples cuerpos de agua y las 514 especies de flora que hay hoy en la reserva están en peligro. Ojalá los intereses urbanísticos y económicos esta vez no ganen la partida. Porque el libro, terminado por Van der Hammen alrededor de 2006, tiene muchas enseñanzas, pero acaso la más azarosa es la de que en temas de protección del medio ambiente en Colombia cada vez se acerca más a un punto de no retorno.</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p>	